

ria un ejército inmenso, y conmovió con su predicación á la cristiandad entera.

Por muy largo tiempo se mantuvo la guerra de Palestina, y las relaciones de Europa con Asia, el tránsito de los cruzados por ciudades mas cultas, y el espectáculo del aprecio que las ciencias tenían en el Oriente, hicieron salir á Europa del estado de abyección en que estaba. El feudalismo tocaba á su término, y el primer golpe que le fué dado por las cruzadas, lo repitieron mas tarde las ciudades del Continente, adquiriendo cada vez mayores grados de libertad, y tomando en el orden social una posicion digna y decorosa. La risueña Italia

dió el ejemplo, y las ciencias y las artes comenzaron á recobrar su imperio. Las costumbres caballerescas continuaron la obra de civilizacion que habia bosquejado el feudalismo, y una aurora de luz brilló en Europa.

Es imposible acabar en cortos limites el inmenso cuadro que he procurado trazar. Mayor estension y pluma mas diestra se requiere, y si he logrado dar á lo ménos una idea clara, aunque en compendio, de un hecho tan importante en la historia de Europa, serán colmados mis deseos y mi satisfaccion completa.— Dije.

Abril de 1844.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL,

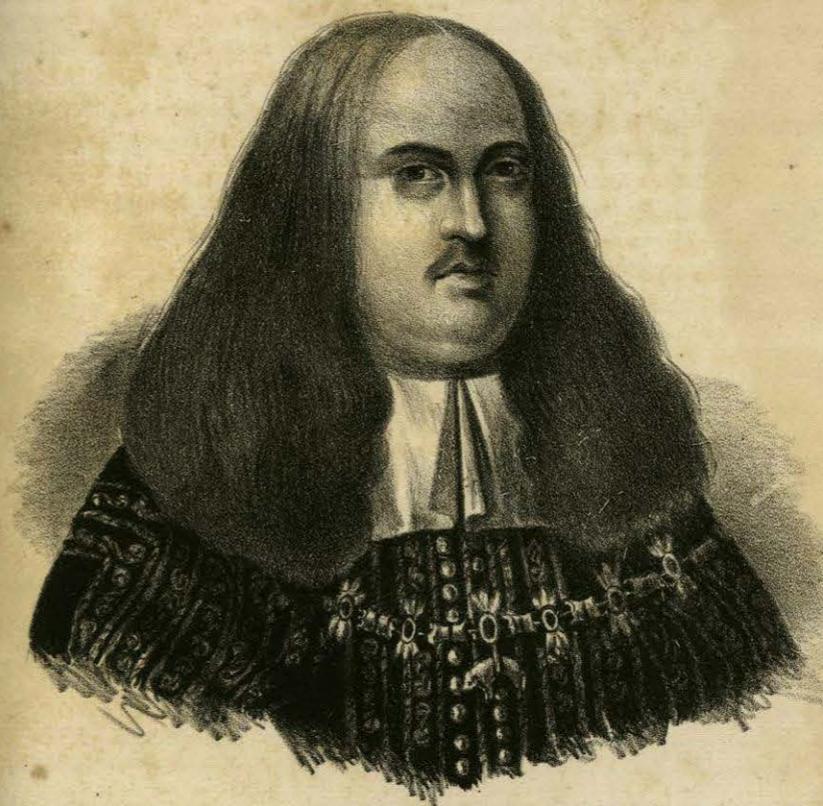
Duque de Veraguas, y caballero de la distinguida orden del Toison de Oro. Duodécimoseto virey de la Nueva-España.



1673.

O obstante que el Sr. D. Lucas Alaman en el Apéndice á su primera disertacion, asienta que la casa de Colon no fué considerada en España hasta Felipe V, que en abril de 1712 le concedió por primera vez la cruz del Toison de oro, y el título de duque de Veraguas, mucho ántes que este monarca ocupase el sòlio de Castilla, se ve ya á los Colones disfrutando tales distinciones, y considerados de tal manera, que parece, segun los historiadores, que solo por honrar la memoria del gran Cristobal, fué nombrado D. Pedro su descendiente en 1673, virey de México, en el reynado de D. Carlos II, que desempeñaba por su menor edad sa reina madre. Ni se infiere otra cosa de las circunstancias de un nombramiento recaido en un hombre de edad tan avanzada, que ni aun el creyó que pudiera hacer el viage; y apenas

en efecto empuñó el baston el 8 de diciembre, lo llevó su decrepitud al sepulcro, al sexto día de su gobierno, el 13 del mismo mes, sin que dejara á la historia otros hechos que consignar, que los buenos deseos que habia manifestado en orden á su administracion, durante su viage de Veracruz á México, y la pompa de los funerales que le fueron hechos en la capital, donde quedó sepultado hasta pasado algun tiempo, que fueron trasportados sus huesos á España, al sepulcro de su familia. Su muerte fué tan prevista, que con su nombramiento se habia hecho el de su sucesor, y remitido en pliego cerrado á la inquisicion, para que lo abriera tan luego como hubiese fallecido. Hizose así en efecto, y sus funerales fueron presididos ya por el nuevo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera. Era á la sazón este prelado arzobispo de México, recomendabilisimo por sus virtudes, muy amado de la corte y de su rebaño, que gober-



D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL Y CASTRO.

26 Virey de Nueva España.

nó con sabiduría y rectitud, dejando solo ambos gobiernos, llamado á la presidencia del Consejo de Indias, para retirarse á la vida contemplativa del claustro, donde terminó sus días en los fervores de la penitencia y de la oracion.

Eran ya estos los últimos días de la casa de Austria, época de no muy grata memoria para la monarquía española: gobernábala el imbecil Carlos, tan solo para prepararle una guerra sangrienta y asoladora, guerra sostenida únicamente por defender los supuestos derechos de extranjeros monarcas en que habia de llevar la ventaja el rey del siglo, y aquellos mismos españoles, vencedores un tiempo de Francisco I, llamarían á gobernarlos á su nieto Felipe d'Anjou, y aquellos mismos españoles tan celosos de su independecia, por la que combatieron tanto con el poder meulimico,

que combatirían algun dia con todo el poder del gran capitan del siglo XIX, lucharon entonces por colocar en su trono á un monarca francés.

Poco daba á las colonias la variacion de dinastía, que ni empeoraba ni hacia mejor su condicion, si solo resentian los efectos de la corrupcion de la corte, tan distinta en los primeros de los últimos tiempos de la dominacion peninsular, pues que en aquellos se escogian para el gobierno personas de probidad, recomendadas por su mérito, que se hacia consistir en la virtud y en el saber; mas en estos, ó bien prevalecia el favoritismo, ó se ponian los empleos en pública sub-asta, desatendiendo así el giro comunal. Cerramos con esto por ahora la galería, que quizá muy pronto continuaremos, segun tendremos cuidado de anunciarlo

C. M. S.

A LA MUERTE DE LA JOVEN DOÑA ANA IÑIGO.



I.

IAJERO, ¿á dónde vais? hombre que fatigado de los falsos placeres del mundo, buscáis un reposo sempiterno, alma hermosa, emanacion purísima del cielo, que asociada á las penas de una vida miserable, buscáis un asilo. ¿á dónde lo encontrareis? ¿á dónde os lleva la mano irresistible del destino? ¿á dónde se os conduce para arrebatáros de las tempestades de la vida, para que identifiquéis esa naturaleza toda de miseria y de debilidad, con la naturaleza celeste de los ángeles, y para que libre de la confusion del mundo, entoneis un cántico de paz al lado del Altísimo? ¿á donde?... á ¡la tumba! á la eternidad! Sí, á la tumba, ese misterioso fin de las glorias mundanales, suplicio horrible para el hombre que pasó sus días sin pensar en el porvenir, dulce morada para el hombre que miró la tierra como morada transitoria.... sí, allí está la tumba: allí está la muerte con su faz livida, con sus memorias del

mundo, con sus recuerdos de ayer, con sus agonías horribles, inesplicables, con todo el aparato sombrío y sublime con que viste la iglesia de sus pompas funerales la despedida de una alma que alimentó en su seno, y que dejó á esta madre de los últimos consuelos, para remontarse á un mundo en que impera la justicia, y pesa en su balanza de oro los crímenes y las virtudes. Allí está la eternidad! la eternidad! palabra infinita, oscura y sublime, símbolo de la esencia incomprensible de un Dios, guia secreta del alma, que por el sendero del terror y de la esperanza, nos conduce fuera de los peligros de una vida miserable: espícame tu esencia: dime qué es lo que hay del otro lado de la tumba; ¿por qué no nos descubren los muertos nuestros hermanos el último sentimiento que tuvieron en la tierra? ¿ese sentimiento que experimenta el hombre cuando se acerca al fin de su existencia? ¿Por qué en vez de dejarnos nuestros deudos por herencia el dolor y la desesperacion, no les fué dado guiar

á sus hijos en el lance mas tremendo de la vida? ¿Por qué en vez del llanto que exhalamos al pié del ataúd de nuestros padres, no entonamos un cántico de gracias en honor del mundo? ¿Por qué no quisiste, Dios mio, alumbrar nuestra faz de incertidumbre con la luz de la revelacion? Por qué?... por que todo está dispuesto segun la infinita sabiduría y la infinita bondad. Por qué?... porqué es mas grato á la vista del Señor, la resignacion humilde á sus decretos, que el cántico de gracia, porque el misterio que encubre la tumba, es el freno de las pasiones destructoras, y el principio de todas las virtudes, es el muro de bronce en que se estrellan los crímenes, y la áncora de esperanza que enclavada allá en la eternidad, asoma al desgraciado y al arrepentido.

II.

Oigo la voz del dolor! el gemido del desconuelo que destroza el corazon, se hace oír por todas partes: una familia consternada mira los restos mortales de una criatura de virginal pureza, de una hija, de una hermana, que era la esperanza de los suyos, el consuelo de los desgraciados, el encanto de los que tuvieron la dicha de hablarla una sola vez. Era una flor que exhalaba olores perfumados, era una jóven llena de gracia y hermosura, un ser lleno de bondad y de delicadeza, su rostro era un signo de celestial candor, sus palabras revelaban un noble y tierno corazon, su mirar sosegado y apacible, retrataba el alma en que impera la virtud. Todo acabó, todo se desvaneció como se desvanecen los ensueños de felicidad. El mundo le preparaba un tálamo, la antorcha y los cánticos de himeneo; contempladla ahora vestida para el sepulcro, mirad ese lúgubre ropage que pronto destruirá el insecto, esos cirios funerarios y la corona de las rosas del olvido, última diadema de las vírgenes. Contemplad ese rostro lleno de dulzura, cubierto con el tinte melancólico de la muerte: esos ojos ayer interesantes y llenos de languidez, no volverán jamas á dirigir una mirada de muger, una mirada de amor ó de piedad; esos lábios que en dias felices exhalaban palabras de ternura, temblaron convulsivos con la agonía de la muerte, y se cerraron para siempre; ese pecho misterioso de sensaciones no se agitará suavemente á impulsos de un suspiro, como las olas de un puerto bonancible á impulsos de las brisas. La muerte con su férrea mano ahogó

los suspiros, apagó los pensamientos y las sensaciones, reprimió los dolores en la agonía, y dijo con la voz misteriosa y aterradora á los sepulcros: "Cesad, oh mundo, tu imperio sobre la criatura del dolor! y tú, criatura hecha á la imágen y semejanza de un Dios, venid á participar de los misterios que encubro con manto de tinieblas; rompióse el hilo imperceptible que une la ilusion á la verdad, cumpliése el término á mí sola revelado, apagóse la antorcha que alumbraba las vanidades de la vida... volved el aliento de divina esencia que el Señor os infundió en el seno maternal, venid á mí, para el mundo, al olvido y á la tumba, para el cielo á la eternidad."

III.

La vida, el mundo: Qué es la vida? Un piélagos de zozobras y de penalidades, el mundo un piélagos desinestro resplandor en que brillan los crímenes, y débiles se reflejan las virtudes; el mundo y la vida, todo mentira, todo ilusion, que se desvanece en un suspiro de agonía, al toque funeral de una campana. Una jóven que aparecia en la escena del mundo, con todos los atractivos de la seduccion, una jóven que volaba en pos de una esperanza colorida, yace en el féretro en la primavera de la edad. La mano de la muerte arrancó el tallo de la flor que pomposa un dia, se mecía en el jardin de la vida, y abrió la senda de la morada celestial á una alma llena de virtud y de pureza. Si, jóven interesante, rompiste los lazos que al mundo te unian, para gozar eternamente; sacudiste una vida miserable para asentarte al lado de los hijos que gozan de ventura, llevaste la corona de la virginidad, y los últimos tormentos, para colocarlas en el altar de vida del Omnipotente, y él te recibió en los brazos de la misericordia, te señaló lugar en el empuje, y los ángeles en sus harpas de oro cantaron acordes á la voz del Altísimo, el himno de la bien-venida. Ese es tu destino, ángel de luz, ese el premio de tus virtudes en la tierra, y el consuelo de una familia que llora la horfandad.

IV.

UNA MADRE.

La iglesia católica canta la paz de los difuntos en lúgubres plegarias, y la campana del templo del Señor anuncia al mundo la despedida de un hijo de la tierra.

Una madre al pié del féretro, llena de angustia y de dolor, estrecha el cuerpo exánime de la hija de su corazon. Quién pintará el dolor de una madre? Contempladla descubriendo el paño funerario, y estampando en la frente livida de su hija, el beso doliente de la despedida! mirando esas lágrimas que ardientes se desprenden de sus ojos, sin el gemido de las últimas palabras de ternura que en la tierra la dirige, mezcladas con la plegaria que se levanta hasta los cielos. Pobre madre! Creéis que es solo una negra pesadilla el triste espectáculo que teneis á la vista, creéis que no es posible que pudiese haber en el mundo dolor tan profundo! pobre madre! El cántico de la iglesia te despierta de ese horrible ensueño, y tus lágrimas y tus gemidos de dolor y desesperacion, mezclados á la voz grave del sacerdote, te re-

cuerdan el dolor mas íntimo y mas puro que experimenta la criatura, al mismo tiempo que el consuelo mas solemne y elevado que mitigue tu dolor.

V.

Conformidad, hija del cielo! Yo te invoco, tú que moras al lado de la Divinidad, ven á estender tus alas maternales sobre una familia desolada, ven á asentar tu trono á este mundo tumultuoso, á enjugar el llanto del desgraciado, á infundir paz y resignacion al hombre: ven á regenerar esta mansion toda de debilidad: así podremos llamarnos felices en medio de nuestra miseria, así podrá ser este valle de lágrimas una sombra de la morada celestial.

Hermosillo 18 de octubre de 1843.

Manuel Monteverde.

A UNA DESCONOCIDA.



I.

Yo te saludo, criatura angelical! alma ennoblecida por el amor, luz y encanto de mi vida! te saludo con el acento del placer y del delirio!

II.

Hermosa mia, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio, deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes se sepulten en el abismo, mientras un viento bonancible, linda mia, agita tus cabellos perfumados, y lleva á tus labios de rubí un beso del que te ama.

III.

Angel mio, no despiertes de ese ensueño que trae á tu memoria la imágen de tu amante, de ese ensueño que llaman vida y es amor; no rompas el velo misterioso que encubre esa ilusion, porque esa ilusion es toda de vida, y la vida es el amor.

IV.

Tú eres el ángel de la hermosura y del placer, prenda mia, ¿por qué no apuraré en tus brazos un deleite que me quite la razon ó la vida? ¿por qué no beberé en tus labios, como en un cáliz de delicias ese aliento de fuego y de armonia que abriga á los mortales?

V.

Yo vi tus ojos, alma mia, los ví que brillaban como estrellas de diamante en el azul del cielo, ¿te acuerdas que esos ojos se inclinaron á la tierra, virgen mia, á un beso de mis labios? ¿por qué los levantaste otra vez anegados en placer y en turbacion? ¿querias la vida de tu amante?

VI.

¡Ah! ¿por qué no pasaré á tu lado las horas que el amor hace inquietas y deliciosas! ¿por qué ese seno de rosas y azucenas no se estrechará con este corazon todo de fuego, y que vuela en alas de un suspiro para confundirse con el tuyo!

VII.

Ven, adorada mia, no mas penas; ven y muramos juntos, ven y agota los placeres en mis brazos, ven y apura en los labios de tu amante este fuego que abraza el corazon y deja eternas impresiones en el alma: vuelve á mi, oh muger! esos ojos en su convulsa agonía; confunde tu alma con el alma que te adora; quitame la vida... yo dirigiré al mundo el último á Dios en un suspiro de deleite...

VIII.

Hermosa mia, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio; deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes, se sepulten en el abismo, mientras un viento bonancible, linda mia, da color á tus megillas y á tus labios purpurinos un recuerdo de tu amante....

Manuel Monteverde.

MULTITUD de circunstancias desgraciadas, que no ha estado en nuestro arbitrio evitar, y entre las que ocupa un lugar no muy secundario, la pasada gloriosa revolucion, nos han hecho faltar al plan que nos habiamos propuesto, ocasionándonos no pequeñas pérdidas, que en nada contariamos sin embargo, si aun

pudiéramos corresponder de una manera digna al aprecio que nuestros suscritores nos han dispensado tan bondadosamente; mas como la continuacion del periódico en el estado actual de la redaccion no podria seguramente corresponder á nuestros deseos, hemos resuelto suspenderla con la lisonjera esperanza de continuar nuestras tareas, tanto para corresponder de alguna manera á los favores que durante la existencia del Liceo se nos han dispensado, como para no dejar incompleta la Galeria de los Vireyes, parte quizá la mas útil del periódico.

Cuando llegue ese dia, grato para nosotros, lo avisaremos oportunamente, no queriendo que termine este pequeño artículo sin espresar nuestros deseos de que ese término se aproxime y sin dar de nuevo las mas rendidas gracias á las personas que nos han honrado con sus suscripciones, haciendo un voto por su felicidad



INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTÍCULOS EN PROSA CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

A.	
Abuelo (lo que me contó mi), por D. Juan de Azpeitigurrea	87
Adios!, por J. M. del Castillo	152
A escribir!, por Anónimo	334
Aficionados (los).—Bosquejo de un cuadro de costumbres, por D. A. M. S.	49
Ajedrez (descubrimiento del)	325
Alameda (conversaciones en la)	192
Ana, por Ella	321
Anere (célebre asesinato del mariscal de) 24 de abril de 1617. Traducido por P. M. de T.	209
Antiguos y Modernos, traducido y extractado por P. M. de Torrecano	24—54
Apuestas (las), por Malaespina	280
Arquitectura, por F. C.	288
B.	
Bertoldo Thorwaldsen.—Biografía traducida y extractada por T.	17
C.	
Calma (la). Traducido por D. L. M.	247
Cariteo, ó el gramático, por Yauvenargues	48
Carta apologetica de D. Pantaleon Zacarias, escribidor de Galicia de la gerigonza, y articulejo á Calamocha con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el Liceo Mexicano bajo el rubro del "Oceano de Tinta"	243
Catalina Theot (la secta de), por P. Torrecano	112
Chapultepec (un dia de campo en)	223
Colon (primer viaje de), y descubrimiento del Nuevo Mundo, por A. Rodriguez	174
Copérnico y su sistema, por P. T.	14
Coras (los).—Apuntes biográficos, por M. Esteva y Ulbarri	110
Corina, por D. P. T. Tirso	151
D.	
Derecho, discurso histórico (sobre el) entre los romanos, por Agustin Franco	326
Desconocida (á una), por D. Manuel Monteverde	359
E.	
Ensayo	35
Estudios histórico-políticos, por Feldt	8
F.	
Fanatismo, por J. M. del Castillo	42
Fatalidad, por Agustin A. Franco	22
Filologia.—Lengua turca	148
Florida (apuntes sobre la historia de la), por Carlos M. Saavedra	291—342
Fuente (la) de Eliseo, por F.	53
G.	
Galeria de los vireyes de México.—D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, décimo virey de la Nueva-España, de 1603 á 1607, por Ramon I. Alcaraz	5
— D. Luis de Velasco el Segundo, conde de Santiago y primer marqués de Salinas, décimoprimer virey de la Nueva-España, segunda época, de 1607 á 1611, por Carlos M. Saavedra	40
— D. Fray Garcia Guerra, décimosegundo virey, de 1611 á 1612, por el mismo	52
— D. Diego Fernandez de Córdova, décimotercero virey, de 1612 á 1621, por el mismo	80
— D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, décimocuarto virey, de 1621 á 1624, por Ramon I. Alcaraz	119
— D. Rodrigo Pacheco Osorio, décimoquinto virey, de 1624 á 1635, por Carlos M. Saavedra	144
— D. Lope Diaz de Armendariz, décimosesto virey, de 1635 á 1640, por el mismo	164
— D. Diego Lopez Pacheco, décimoseptimo virey, de 1640 á 1642, por el mismo	171
— D. Juan de Palafox, décimo octavo virey, en 1642, por el mismo	186
— D. Garcia Sarmiento de Sotomayor, décimono virey, de 1642 á 1648, por el mismo	201
— D. Marcos de Torres y Rueda, gobernador de la Nueva-España, de 1648 á 1649, por el mismo	222
— D. Luis Enriquez de Guzman, vigésimoprimer virey, de 1649 á 1654, por el mismo	254
— D. Francisco Fernandez de la Cueva, vigésimosegundo virey, de 1654 á 1660, por el mismo	283
— D. Juan de Leiva y de la Cerda, vigésimotercero virey, de 1660 á 1664, por el mismo	294
— D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, vigésimocuarto virey, 1664	336
— D. Sebastian de Toledo, vigésimoquinto virey, de 1664 á 1673	350
— D. Pedro Nuño Colon de Portugal y Castro, vigésimosesto virey, 1673	356